

# Unas palabras para presentar

## *Manuel, una vida con mi padre, de Paz Rojas*

Ignacio Álvarez

### **Material sensible**

Este libro delicado y amoroso es, en primer lugar, una memoria. Reúne los recuerdos sobre Manuel Rojas que su hija Paz, que es una connotada neuropsiquiatra y una figura fundamental en la defensa de los derechos humanos durante la última dictadura, ha reunido, sospecho, como un legado. No solo para los suyos, a quienes lo dedica; también, adivino, para el futuro. La vida de Paz y de los suyos ha sido agitada y golpeada por la historia: solo puedo imaginar lo difícil que puede ser experimentar tantas encrucijadas que se reúnen en ellos y, por lo mismo, lo primero pensé al tener el libro en mis manos es que debía agradecer el tiempo y la dedicación que ha puesto en él. Aquí se explica una sola de esas encrucijadas, la vida vivida con su padre. Pero es, ni más ni menos, que el escritor más importante del siglo XX chileno.

Buena parte del texto consiste en el despliegue de esos materiales sensibles, íntimos, que vamos leyendo con cuidado y con pudor porque se trata de documentos personales. En ellos la figura moral de Manuel Rojas se despliega de una manera hermosamente coherente con su ficción, especialmente en la relación con sus hijos. Hay escenas inolvidables para ilustrarlo. Por ejemplo, el valor relativo que dio siempre al dinero:

Un recuerdo inolvidable que traía cada fin de mes: Manuel nos llamaba a su pieza y nos contaba que le habían pagado. Iba sacando entonces los billetes del bolsillo mientras nos preguntaba qué haríamos con la plata de ese mes. Recuerdo que lo rodeábamos tendidos en el suelo mientras lanzaba billetes al aire y decía: «¡Este mes zapatos para Genita!» o «¡un pantalón para Papipo (Patricio)!».

Algo parecido pasa con los estudios formales y las notas:

Recuerdo que no estudiábamos nada, pues lo único que hacíamos era leer. En las tardes llamábamos a nuestro padre para que nos ayudara con las tareas. Tomaba nuestros cuadernos, que revisaba guardando silencio.

Después de un rato volaban por el aire y nos decía: «Miren lo que traigo» y nos leía lo que estaba leyendo: Tolstói, Dostoyevski, Thomas Mann.

También es particularmente hermosa la facilidad con la que Manuel y su familia formaban tribus más amplias con sus amigos y sus parientes, como ocurre con los Baeza, con los Jeria, y con varios y varias que terminan allegados a ellos por la necesidad y por el cariño. Lo íntimo, lo privado, termina siempre en los demás.

## Lo que no sabemos

Es en primer lugar una memoria, decía, pero para nosotros, que somos lectores de la obra de Manuel Rojas, puede ser también algo distinto de una memoria. Como se suele repetir, su obra se apoya de manera fundamental en sus propias vivencias, de modo que siempre que lo leemos somos testigos de algo que, directa o indirectamente, vivió. En sus cuentos esa tendencia a la autobiografía nos ofrece una garantía, la garantía de que la experiencia que se nos cuenta es legítima, verdadera. Ya en las novelas, cuando la distancia entre lo vivido y lo relatado se va ensanchando, la tendencia autobiográfica le permite jugar un poco más, de modo que eso que era fundamento se convierte ahora en juicio acerca de lo pasado, a veces melancólico, a veces irónico. Dicho de otro modo, gracias al propio Manuel sabemos mucho de Manuel. Al mismo tiempo, sin embargo, sabemos muy poco. ¿En qué sentido? En un sentido estrictamente cronológico, porque su obra concentra sus preocupaciones en sus primeros años, en la niñez, en su época de joven anarquista, con algunas entradas hasta los cuarenta y tantos, como pasa en *Mejor que el vino*. También porque a medida que pasa el tiempo su interés como narrador de ficciones se va concentrando en esos años juveniles, de modo que su última novela, *La oscura vida radiante*, de 1970, termina en 1920, cincuenta años antes de su escritura. Quiero decir: sabemos poco de su vida justo en el momento en que deja de ser un muchacho libre y libertario y va convirtiéndose en escritor. Y luego, sabemos poco de Manuel en un sentido un poco más amplio. Conocemos bien *su* versión de las cosas, algo del modo en que lo vieron sus contemporáneos —José Santos González Vera, Enrique Espinosa, Julianne Clark, por ejemplo—, pero creo que hay mucha más vida que valdría la pena conocer.

Esto no se trata, como alguien podría sospechar, de un mero gusto por la copucha. Como expliqué más arriba, siempre que leemos a Manuel Rojas somos testigos de algo que, directa o indirectamente, vivió. Esto implica que el relato literario siempre tiene algo más, algo distinto, algo menos de lo que ocurrió. Que la *diferencia* que aporta el relato literario solo puede aparecer si tenemos otro relato, con una vocación más cercana a la memoria, para compararlo con él.

leyendo *Una vida con mi padre* aparecen algunas de esas claves. Voy a exponer dos ejemplos que me parecen interesantísimos. El primero tiene que ver con el silencio. En sus memorias y en sus novelas aparece repetidas veces mencionado que Manuel era un hombre callado, silencioso. Porque muestran justamente el despliegue de su voz, por otro lado, es imposible conocer la hondura de ese silencio a través de sus libros. En esta memoria, en cambio, hay atisbos de esa profundidad. Aquí lo muestra Paz en un momento de particular concentración:

Cuando volvimos, al atardecer [de un paseo por el lago Rupanco], advertí que Manuel, que se había quedado en la cabaña, estaba ensimismado. No hablaba y casi no escuchaba nuestra conversación. La naturaleza, el lago, el río, los cerros y el canto de los pájaros lo habían seducido y afectado

Otra forma de silencio es la de Manuel siendo escritor, algo que mencionó poco en sus ficciones:

Mi padre llegaba en las tardes y se sentaba en el escritorio a escribir *Hijo de ladrón*. En la casa reinaba el silencio o la música clásica.

Durante esa época Manuel trabajaba sin descanso. Llegaba a la casa y se encerraba en su escritorio durante horas a escribir. Después de unos momentos

se paraba y salía al jardín, silencioso, como meditando. No interrumpíamos sus pensamientos, lo acompañábamos en silencio.

Me sorprende ese silencio intenso, ese espacio generoso que sus hijos le conceden y con el que tienen que convivir, quizá porque una de las mayores dificultades con las que lidiamos en el presente es el ruido interno y externo, nuestra dificultad para poner el foco en las cosas que hacemos.

Una última extensión de ese silencio, que nuevamente muestra que no se trata de algo vacío sino de algo lleno, es la que aparece en la parquedad de sus expresiones de afecto: «No recuerdo que mi padre nos diera alguna vez un beso al volver por las tardes. Pero, aunque no era de caricias y abrazos, mantenía de alguna forma el contacto físico con nosotros», dice Paz más de una vez en este libro.

Hay otra clave que me sorprende. Para poder explicarla tengo que contar primero lo que es, tal vez, un error de mi parte. Durante mucho tiempo pensé que la juventud aventurera de Manuel, su movimiento entre Argentina, Chile y Brasil, era un dato de esos años iniciales y que luego, cuando comienza su vida de escritor y sus trabajos en la Biblioteca Nacional o la Universidad de Chile, su obra y su horizonte se nacionalizan, se chilinizan. Es lo que sugiere el Premio Nacional de Literatura que se le concede en 1957, cuyo jurado argumenta el valor representativo de la nación que tienen sus novelas, y es lo que sugiere también la concentración en el espacio y en el tiempo nacionales de sus obras posteriores.

En este libro aparece otra cara de Manuel, una cara mundial y cosmopolita en torno al inicio de la década del sesenta, cuando comienza a trabajar en los Estados Unidos. No es que simplemente viaje, como muchos; es que su perspectiva vital me parece que abarca el mundo entero. Vive en México y Estados Unidos, y luego pasa largas temporadas en Cuba, conoce la Unión Soviética y pasea varias veces por Europa. Veo, entonces, que su vida en Chile es una posibilidad entre varias que se le abren, tal como se le abrían en su juventud, aunque por razones distintas ahora. Un ejemplo entre muchos: «Piensa en la posibilidad de esperar hasta marzo [en Cuba] y luego ir a España, Francia, Checoslovaquia y Rusia –dice Paz–, para volver a Cuba en octubre y realizar un taller literario. Así pasaría otro invierno en la isla antes de volver, en el otoño, a Chile». Sorprende recordar que esos años tan traqueteados son los de la escritura de una de sus novelas más exigentes en términos técnicos, *Sombras contra el muro*, y de la más comprometida con la historia de Chile, *La oscura vida radiante*.

Quiero decir con esto que el libro de Paz abre ciertos horizontes de lectura novedosos. Que ese Chile del que habla en esos textos es el país vivido, sí, pero también es el contemplado desde lejos y el que termina siendo su elección.

### **Despertar la imaginación**

Para quien quiera asomarse, por último, el libro está lleno de momentos que disparan las posibilidades, que despiertan la imaginación. Solo dos para abrir el apetito.

Paz nos cuenta que, durante su última visita a Cuba, Manuel decidió escribir un libro para jóvenes que «describirá las aventuras de dos niños cubanos, uno blanco y otro negro, durante la llamada Guerra Grande de Independencia, entre 1968 y 1878». Uno se pregunta inevitablemente: ¿cómo hubiera sido esa escritura para jóvenes latinoamericanos por parte de un autor que ya había escrito (fallidamente, en su propia opinión) *La Ciudad de los*

*Césares?* ¿cómo hubiera sido esa escritura que ya había pasado por la experiencia de las grandes novelas de la tetralogía, que se caracterizan por una prosa profunda y compleja?

Otro de esos momentos es el relato de un concierto de Víctor Jara en Buenos Aires. Escribe Manuel:

Pero no solo canta, también habla, habla entre canto y canto y a veces parece que es más lo que habla que lo que canta. Por supuesto, no habla de sí mismo, habla de los chilenos, de Chile, de lo que ha sucedido, de lo que sucederá, de lo que sucede ... El resultado o el efecto, en el público, es sorprendente, sorprendente porque, en primer lugar, el modo con que Víctor Jara habla, como haciéndose el tonto, el tonto pillo, produce regocijo, risas y, en segundo lugar, porque, a pesar del tono, el público recibe aquello con rugidos de entusiasmo: es un público que ha estado esperando que le hablen de las cosas de Chile, de lo que ya se llama o se llamará «el Milagro Chileno».

Es una escena curiosísima: el narrador veterano observa, fascinado, el despliegue de otro narrador, más joven, encantando a su audiencia. Es una escena triste, también, porque en breve los dos verán interrumpido su relato.

Hay mucho más que ver y que leer en este libro, cada uno de nosotros encontrará su recorrido por él. Terminó como terminó la vida de Manuel, como termina esta memoria que la recoge. Cuenta Paz que las últimas palabras de su padre fueron: «¿Qué estamos esperando?». Recuerdan de inmediato a las primeras de *La oscura vida radiante*: «Y ahora, ¿qué hacemos?». En ambas, en la ficción y en la memoria, se inscribe esa apertura elemental a la vida, al futuro y a los demás que es un sello permanente en la obra de Manuel Rojas.